

## La Mosca

Afuera amenaza el resplandor de un cielo plomizo. Es primavera. Las moscas no aparecen en todo el año sino hasta el verano, en el que abundan arruinando aquellos almuerzos al aire libre.

Cuando era chica cazaba moscas con la mano. Era muy divertido. A veces jugábamos competencias, y era yo la que más moscas cazaba. Lo mío, creo, era un talento oculto y lo disfrutaba mucho, especialmente cuando estaba aburrida. Si me preguntan con qué fin las atrapaba no hubiera tenido una respuesta lógica. Las atrapaba, con gran destreza, y las ponía dentro de un frasco. Siempre se morían y se me ocurrió coleccionar moscas muertas. Llegué a llenar tres frascos.

Una noche me despertó el vuelo razante de un moscardón. Pensé que estaba soñando...pero no. El enorme insecto asqueroso, ser inmundo, me observaba fijo. De sus fauces caían chorros de saliva. Yo, sentada en mi cama, sin pestañear, lo miraba sin poder creerlo.

De repente, se me vino encima. Me acorraló contra el respaldo de mi cama. Sentía el calor y el olor hediondo de su aliento rozándome la cara. Mis gritos estaban atorados en mi garganta. Una gota de su saliva me cayó en la pierna. Miré de reojo, la sentía caliente, me produjo arcadas.

Me agarró fuerte de los brazos con una de sus patas. No podía soltarme. Paseó su boca por todo mi cuerpo, olfateándome o lamiéndome, no sabría decir bien qué. Me bañó en saliva pegajosa. Creo que estaba por desmayarme. No aguantaba más su olor putrefacto.

Cuando empezó a acercarse más a mi cara, ese grito ahogado salió de mi garganta. Instantáneamente la mosca gigante me soltó y llevó sus patas adonde, creo yo, estaban sus oídos. Se cayó de la cama, mientras yo seguía gritando, y empezó a retorcerse. Creo que mis gritos le hacían mal, lo estaban matando.

Yo no entendía nada y sentía todo mi cuerpo sudado y bañado en saliva pegajosa y verde. Sentía que mis manos me dolían, al igual que mi cara. Percibía que mis músculos se estiraban y se contraían al mismo tiempo. Vi cómo me iba llenando de pelitos duros, de un vello áspero. El moscardón escapó torpemente, dando un agudo chillido, volando por la ventana tal como había llegado.

Yo, por mi parte, corrí a encender la luz. Dando tropezones, saltando en la oscuridad, llegué hasta la llave. El horror que sentí al ver mi reflejo en el espejo, es inexplicable. Ese reflejo no era yo. Era una mosca gigante como la que me había visitado. Tenía los pelos iguales y hasta la saliva espesamente verde le colgaba del orificio que hacía una especie de boca. Moví mi mano para mirar el vello que me había crecido y me encontré con que el reflejo también se había movido. No podía entender ni creer nada. Era yo. Esa mosca gigante y asquerosa era yo. Miré todo mi cuerpo detalladamente, tenía pelos duros al tacto, babas cayéndome, en vez de brazos patas puntiagudas, en vez de cara con ojos y boca, tenía ahora un rostro deforme con boca viscosa y ojos saltones. Quise gritar y no pude, solo me salió un alarido agudo.

Me arrastré hacia la ventana para cerrarla, recogí el frasco de moscas y lo tiré hacia el parque; cerré todo, no quería volver a ver nunca más a ese bicho repugnante. Porque se me había metido en la cabeza que era una venganza. Creí volverme loca. Creí que todo era un sueño, que yo no estaba así y que el moscardón fue producto de mi imaginación.

Pero, ¿cómo podía sentir aquel zumbido? ¿Cómo podía sentirme áspera? ¿Cómo podía sentir las babas calientes y pegajosas sobre mi cuerpo? ¿Cómo podía oler ese aroma nauseabundo?

Entonces, todo estaba pasando de verdad. No sabía qué hacer, y me movía lerdamente, no lograba conciliar mis movimientos dentro de este cuerpo nuevo.

Quise ir hacia la puerta pero no llegué. Quise arrastrarme hacia la ventana y lo logré. Con gran esfuerzo, logré volver a abrirla, manipulándola con mis manos, ahora patas puntiagudas y asquerosas.

Me lancé con todas mis fuerzas al vacío, a la nada, y me elevé. Pude volar. Y así seguí planeando...

Yo había estudiado la vida de las moscas, y sabía que sólo vivían un mes, con suerte. Sólo contaba con ese tiempo para poder buscar y lograr encontrar mi cuerpo, para poder conseguir ser, nuevamente, humana.

Cuando ya había volado bastante, varias cuerdas, las primeras torpemente y luego con más destreza; me puse a pensar que quizás la mosca estuviera en mi casa. Me detuve, paré en seco mi vuelo y emprendí el regreso a mi hogar. Porque yo la vi salir volando de mi habitación, pero no revisé mi casa para ver si se había vuelto a meter. Y, ¿Si luego se había transformado en mí? ¿Y, si sólo la vi salir volando pero luego, al aterrizar, había tomado mi forma?

Todo esto pensaba mientras trataba de volar con todas mis fuerzas, lo más rápido posible, para poder alcanzar pronto mi casa.

Cuando llegué quise entrar por la ventana que, supuestamente, había dejado abierta. Estaba cerrada. Me estrellé contra el cristal. Conseguí agarrarme con las ventosas de mis patitas y desde allí, desde mi vulnerable posición, me vi adentro. Sí, me vi. Divisé mi cuerpo recostado en la cama y mi cara humana me miraba con sorna, casi con una sonrisa malévol. ¡Era la mosca!. Era el insecto inmundo que había tomado mi cuerpo y me había convertido en lo que era ahora.

Me dieron unas ganas locas de gritar, llorar, de despertar...

Con señas le pedí que me abriera la ventana pero en vez de eso, se incorporó lentamente y, sin quitarme la mirada irónica de encima, se dirigió hacia mí y corrió las cortinas. Luego vi su sombra caminar hasta la puerta e irse.

Desesperada busqué otra entrada a mi casa. Fui hasta la puerta de entrada, sobrevolé el jardín principal e intenté entrar por la ventana del living. Pero mi enemiga mosca-humana fue más rápida que yo. Me cerró la ventana y no pude entrar por ahí. Intentando no hacer mucho ruido me deslicé hasta el fondo, hacia el parque trasero. Allí existía una ventana que daba a la cocina, por ahí iba a entrar.

Mi perro estaba allí. Tirado al sol en el medio del parque, revolcándose sobre el pasto, hasta que me vio. Dando algunos saltos juguetones intentó cazarme. Abrió su boca y, con sus babas volando por todos lados, me salpicó toda pero no logró atraparme, por suerte. Pero igualmente a mí me había puesto contenta que él se fijara en mí. Yo traté de hablarle, le decía que me abriera la puerta y que llamara a mi mamá. Pero él parecía no entenderme y seguía jugando a ser un perrito de caza.

Entonces, continué mi camino solita. Me aproximé despacito hasta la ventana que se encontraba sobre la piletta de lavar los platos, sin rozar nada, me escabullí dentro. Empecé a volar, primero raspando el techo. Me di cuenta de que mi mamá no se encontraba en casa, quizás ya se había ido a trabajar. Creo que yo no tenía noción del tiempo. Porque ya era de día. Debería ser media mañana. Pensando en esto, entonces, yo había volado durante varias horas durante la noche. Quizás había perdido la memoria por unas horas, a causa de la transformación.

Esquivando luces y ventiladores. Descubrí a unos metros, apoyada sobre la ventana del living, a la mosca con mi cuerpo. Imaginé que aún me estaba esperando, vigilando, evitándome.

Detuve mi vuelo y fui descendiendo lenta y suavemente.

Cuando estuve bien cerca de mi cuerpo robado, me abalancé. Sólo con un impulso la abracé y, con mis patas ahora bastante fuertes, me prendí a su ropa, a su espalda, a **mi espalda**.

Ella intentó huir. Se retorció hasta el cansancio para quitarme de encima. Quiso estirar los brazos para poder llegar hasta el centro de su espalda donde estaba yo agarrada con patas y ventosas. Pero no pudo. Porque si a mí me costaba manejar mis movimientos de mosca, a ella también le costaba dominar su cuerpo humano.

Acoplada a sus movimientos, gritaba, chillaba o aullaba. No sé. Pero hablar, no hablaba.

Cuando me di cuenta de que ya la había agotado, de que ya se había quedado sin fuerzas para luchar contra mí, distendí mis músculos por un instante. A mí también me había cansado.

Pronto retomé mi posición y me aferré con más fuerza que antes. Debía recuperar mi cuerpo. Debía comenzar velozmente la metamorfosis retroactiva.

Pero... ¡¿Cómo?!

Razonando, usando mi mente humana que aún respondía como tal, escarbé en mi memoria tratando de recordar cómo el moscardón gigante había usurpado mi cuerpo, mudándome al suyo. Cerrando fuerte los ojos, viajé por mi agotado cerebro y logré evocar aquel momento. En aquella situación el moscardón me había sujetado con sus patas y me había llenado de saliva pegajosa, lamiéndome u olfateándome. Así que intenté hacer lo mismo sin perder de vista sus movimientos, en mi cuerpo hurtado, y sin soltarme de su espalda.

Comencé, entonces, a balancearme para poder lograr hacer el mismo ritual de la noche anterior. Intentando manejar mi nerviosismo, mi ansiedad y mis movimientos algo retardados, expulsé toda la saliva viscosa que pude y que brotaba de mis orificios bucales. Bañé por completo el cuerpo, mientras éste trataba de evadirme y de soltarse. Moviendo su rostro de un lado hacia el otro, tratando de desprender sus brazos y su torso de mis patas puntiagudas.

Pero gané. Al fin obtuve lo que buscaba, inmovilizar a mi presa. La regué tanto en baba pegajosa que terminé entumeciéndola perfectamente. Y así entablamos el rito.

Con algo de repugnancia al principio, olfateé o lamí, su rostro, su cuello, su espalda. Sin soltarme, seguí. Con mis fauces cubrí por completo su cabeza. Con mis patas forré su cuerpo, mi cuerpo...

Y... desperté advirtiendo el vuelo razante de un moscardón.

Estaba soñando que aterrizaba sobre mi cama...

Algo despierta y algo dormida, estiré mis brazos y me incorporé. Refregando mis ojos, con ambas manos, intentaba despertarme. Tenía la leve impresión de que algo muy raro había soñado pero no podía recordarlo.

Cuando al fin logré separar bien mis ojos adormilados y ver con más claridad, adaptándome poco a poco a la claridad del día, sentí algo muy extraño que se movía en mi espalda. No tenía nada sobre ella. No eran mis omoplatos ni ningún otro músculo ni miembro de mi torso. Era algo que se movía... hasta puedo decir que se agitaba. Acercándome a un espejo y contorsionando un poco mi cuello pude ver en mi espalda. un par de alas!!! Feas, negras, sucias, cuarteadas...

Ahora recordaba mi sueño!!! Que no había sido un sueño... todo había sido verdad.

Me había convertido en mosca!!!

Y ahora había recuperado mi cuerpo, pero aún quedaban secuelas de mi metamorfosis. Ahora era yo quien había aterrizado razante sobre mi cama. Era yo quien despertó después de un largo vuelo... creyendo haber tenido un largo sueño. Era yo ahora la humana-mosca, con uno que otro vello áspero en piernas y brazos, aliento

putrefacto y algo de baba verde pastosa y viscosa que hasta colgaba todavía de mis dientes.

Pero... no hay por qué alarmarse, al menos podía ser una persona con alas que podía volar solita; al menos tenías mis dientes, mi naricita, mis bracitos y mis piernitas; al menos tenía una cara normalita, creo. No andaba chorreando babas sin parar ni zumbaba todo el tiempo. Ser mosca no era tan malo... y, a la mosca ¿cómo le habrá ido al despertar? ¿Seguirá existiendo como tal o también le habrán quedado secuelas de la transformación?

*Erzulie Freda.*